

# EL MAR QUE NUNCA OLVIDA



Laurence Blanchard, Migrants - quelque part sur la planète Terre, 2020. Huile sur toile, 46 x 61 cm.

# EL MAR QUE NUNCA OLVIDA

*Los refugiados son ante todo hombres, mujeres y niños.*

El viento soplaba con fuerza aquella noche. Las olas del mar Mediterráneo golpeaban la pequeña embarcación. En la oscuridad, un grupo de personas permanecía en silencio, con miedo pero también con esperanza. Cuando el agua empezó a entrar en el barco, todos entramos en pánico. Había una gran tormenta. Las olas eran cada vez más altas y el viento era muy frío. La barca se movía con violencia. Éramos más de 60 personas en una embarcación creada para 20, y solo algunos tenían chalecos salvavidas. Había tres bebés que no dejaban de llorar, además de niños, adultos y personas mayores. En cualquier momento, el barco podía volcar.

Entre ellos estaba yo, Karim, un chico de diecisiete años, vengo de Marruecos. Había salido de mi país unos días antes, dejando atrás mi casa, mi familia y todo lo que conocía. Antes de partir, mi madre me dio un pequeño cuaderno. «Para que no olvides quién eres», me dijo con lágrimas en los ojos. Lo guardé en mi mochila, junto a una foto de mi familia. Vivía en un pequeño pueblo donde la vida se había vuelto muy difícil. No había trabajo, no había futuro, y todos los días parecían iguales. Por las noches, hablaba con mi amigo Sami sobre Europa. «En España hay oportunidades», decía. «Podemos trabajar, ayudar a nuestras familias y empezar de nuevo». Yo tenía dudas, pero también sabía que quedarme significaba no avanzar. El día que me fui, abracé muy fuerte a mi madre. «Volveré», le prometí. Pero en el fondo sabía que ese viaje lo cambiaría todo.

La noche en el mar parecía interminable. El viento no paraba y la barca se movía peligrosamente. Nadie estaba preparado para aquello. No teníamos suficiente comida ni agua, y casi no había espacio para moverse. Algunos estaban enfermos, otros apenas podían mantenerse despiertos. Escuché a un bebé llorar cerca de mí. Seguramente tenía hambre. Tenía la mirada vacía. Una mujer, agotada, lo sostenía en sus brazos. Me acerqué y le ofrecí ayudarla, tomando a su hijo en mis brazos. Ella empezó a llorar y me dijo :

«Gracias por tu amabilidad. He visto tantas cosas inhumanas que ya no sé si quedan personas buenas en este mundo».

Sus palabras me hicieron pensar en mis padres, en todo lo que habíamos vivido, en las veces que tuvimos que escondernos cuando escuchábamos bombardeos. Le respondí:

«Lo entiendo... pero creo que todavía hay personas buenas. A veces no se ven, pero están ahí. ¿Puedo hacerle una pregunta?

- Sí, claro.

- ¿Por qué se fue? ¿Fue por la guerra?

- Me fui para proteger a mi hijo. Donde vivíamos ya no era seguro. El miedo estaba siempre presente... no solo por la guerra, sino porque la vida se había vuelto muy dura.»

Después de nuestra discusión, nos dimos cuenta de que el viaje por el mar Mediterráneo no era como lo imaginábamos. No era solo un viaje, era una lucha constante. Durante horas, incluso días, dependíamos de una barca frágil y de un motor que podía fallar en cualquier momento. El miedo a morir en el mar no me dejaba. Apreté mi cuaderno contra el pecho. Pensé en mi madre, en su voz, en la promesa que le había hecho. No podía rendirme. De repente, al amanecer, alguien gritó: « ¡Tierra! ». A lo lejos apareció una línea: España. Pero no fue fácil llegar. La barca apenas resistía y yo estaba completamente agotado. No podía ni hablar, pero sentía un enorme alivio. Cuando pisé tierra firme, mis piernas temblaban. En ese momento supe que mi vida se dividía en dos: antes y después. Después de largas horas de travesía que me parecían interminables, finalmente llegué a España. Me desplomé sobre la arena, agotado, y me dormí. Cuando desperté, descubrí una habitación muy tranquila y sencilla. Entonces, una señora entró y me dijo :

« ¿Cómo estás? ¿Quieres que te traiga algo?

- No, gracias » respondí.

Y me dejó descansar tranquilamente. Cerca de una hora después, volvió sonriente con algo de comer. Le sonreí y ella se marchó. Después de comer, tomé mi diario y decidí escribir en él «Querido diario, hoy por fin he llegado a España. Una amable señora me recogió solo en la playa, me da de comer y cuida de mí». La señora entró en la habitación y cerré mi diario de golpe: « No tengas miedo, porque ahora estás bien acompañado ». No respondí nada, asustado. Me acurruqué mientras la señora se acercaba a mí y ponía su mano sobre mi hombro. Entonces le conté toda mi historia. Sus ojos estaban llenos de preocupación y miedo. Abandoné temporalmente mi diario para ir a ayudarla. Una vez en la cocina, los olores de las especias me llegaron directamente a la nariz, un aroma dulce pero intenso. Ella me vio y me dijo:

« ¡Ah, ahí estás! Dime cómo te llamas, porque con toda esta historia, todavía no nos hemos presentado. Yo soy Lucía.

- Yo... yo soy Karim —dije tímidamente.

- Te queda muy bien —me respondió alegremente. »

Una sonrisa tímida se formó en mis labios, la primera desde mi llegada. Después de la cena, nos fuimos a dormir.

Los primeros años en España fueron difíciles. Pasé por centros de acogida, tuve que aprender un nuevo idioma y adaptarme a una cultura diferente. Muchas veces me sentí solo, lejos de todo. Pero nunca olvidé por qué había venido. Poco a poco, empecé a trabajar en pequeños empleos. Aprendí observando, equivocándome y sin rendirme. Descubrí la mecánica, y con el tiempo me formé en ese oficio. Años después, mi vida había cambiado. Trabajaba como mecánico, tenía un hogar y una familia. Mi pareja y mis hijos daban sentido a todo. En casa convivían mis raíces y mi nueva vida. Una noche, saqué mi viejo cuaderno. Las páginas estaban gastadas, pero llenas de recuerdos. Leí la primera frase que mi madre había escrito. Sonreí. Había cruzado el mar, había vencido el miedo y había construido una nueva vida... sin olvidar quién soy. Cerré el cuaderno con cuidado y miré a mi familia. El viaje fue duro. Pero valió la pena.

*El mar Mediterráneo es más que un simple camino. Es memoria, esperanza y tragedia.*